

Empresas Responsables

COORDINADORA: Viridiana Díaz

viridiana.diaz@eleconomista.mx

Tel. 5326-5454 ext. 2129



Nicolás, ayudado por Víctor, aprende a plantar semillas, cumpliendo su tarea en el invernadero. FOTOS EE: J. FRANCISCO DE ANDA CORRAL



Zoe participa en el programa diario; al regreso de su trabajo con los pollos de la granja, posa junto a su huerto.



Un grupo de mujeres lidera el trabajo de cultivo de productos orgánicos en la granja Isana, aliada de Kalimori.

KALIMORI, UN HOGAR PARA EL EMPODERAMIENTO

Una comunidad sustentable para que personas con discapacidad intelectual desarrollen habilidades para la vida laboral y ganen independencia

J. Francisco de Anda Corral • EL ECONOMISTA

¿Qué relación tienen una granja de productos orgánicos, una residencia para personas con discapacidad intelectual y un hotel *boutique* en Malinalco? Además de su orientación sustentable en favor del medio ambiente y la inclusión, se trata de tres esfuerzos empresariales con sentido social: Kalimori, a la cabeza, granja Isana y Casa Pixan, que conforman un modelo integral con un propósito común: contribuir a que personas con discapacidad intelectual desarrollen habilidades para el trabajo y para la vida independiente, a la vez que, como sociedad, vayamos cambiando la manera en la que vemos la discapacidad y construyendo sociedades y empresas más incluyentes.

Hace cuatro años, un grupo de madres y padres de familia con hijas e hijos adultos que comparten esta condición, desafiando tabúes y prejuicios sociales y

culturales, se plantearon la pregunta de cómo hacer que sus hijos crecieran como personas adultas, desarrollaran capacidades, fueran más independientes y obviamente más felices.

“Nos dimos cuenta, como padres, de que nuestros hijos adultos compartían una misma necesidad: querían tener un lugar, su propio espacio, tener actividades independientes como sus hermanos, ser parte de algo, tener un valor en la sociedad”, dice a *El Economista* Annette Arellano Schueg, socia fundadora del proyecto.

Adquirieron terrenos a las afueras de Malinalco, en el Estado de México, y fundaron una residencia y una granja, y así nació el proyecto Kalimori. Luego vino el hotel, Casa Pixan y estas tres empresas conforman ahora un modelo que pretende que la atención a las personas con discapacidad intelectual deje de ser

una actividad asistencial y se convierta en una responsabilidad social y empresarial de “respeto a la diversidad, de contribución al empoderamiento de las personas y con el fin de que las empresas vayan facilitando las condiciones necesarias para que las personas con discapacidad intelectual puedan trabajar y desplegar su potencial productivo”, señala Giselle Keller, presidenta del Consejo de Administración de Kalimori e Isana.

Actualmente, la granja orgánica Isana, dedicada a la cría de aves de corral, a la producción de huevo y al cultivo de hortalizas, es también el laboratorio donde los integrantes de Kalimori asisten cada mañana como cualquier otro empleado a realizar labores de acuerdo con sus capacidades y habilidades, cumpliendo un horario de trabajo, adaptándose a las obligaciones de

la empresa y recibiendo un salario. Adicionalmente, una parte de las utilidades de la granja se destina al sostenimiento de la residencia y al pago del personal que asiste a los integrantes de la comunidad. Casa Pixan, por su parte, está en la misma ruta y concepto, asegura Arellano Schueg.

Un rasgo importante es que además de generar empleo en la localidad, estas tres empresas desarrollan en sus casi 70 colaboradores capacidades para la apertura, el respeto por la diversidad, la solidaridad con el otro que es distinto y que responde de manera distinta a los retos laborales y juntos van creando ambientes de trabajo amables e incluyentes. Cualidades humanas como la calidez, la generosidad, la empatía, que suelen diluirse en el ajetreo ciudadano encuentran en Kalimori, en Isana y en Casa Pixan un hábitat para su florecimiento.

Una casa de luz

Kalimori, que en lengua aymara significa casa de luz, está concebida para tener seis casas compartidas; actualmente, dos ya están funcionando y la tercera está en construcción; cuenta con área de talleres, gimnasio, invernadero, una terraza, sala de TV, comedor común y un estanque artificial.

Funciona en tres modalidades: residencia permanente los siete días de la semana, mediante un programa diurno de lunes a viernes de 10 de la mañana a 6 de la tarde, en el que participan jóvenes y adultos de bajos ingresos, procedentes de la localidad y alrededores, que asisten becados y reciben la misma atención y capacitación que los residentes que pueden pagar su estancia y el programa de fin de semana, que organiza actividades recreativas y de convivencia social, también mediante una cuota, al que asisten personas que radican en la Ciudad de México u otras cercanas y que incluye la pernocta de viernes y sábado, ya que el domingo regresan a sus casas.

Aunque la capacidad de la residencia

está diseñada para que vivan 48 personas y que puedan asistir diariamente entre 20 y 30 becarios de las localidades vecinas, actualmente como residentes figuran Alexia, que tiene una condición de retraso neurológico; Pau, que vive con autismo; y Nicolás, que presenta parálisis cerebral. Como becarios, asisten Zoe, Alejandra y Miriam, las tres con síndrome de Down, y Mario, cuya discapacidad no está aún determinada, ya que, abandonado desde pequeño, vivió en la calle y nunca fue sujeto a ningún diagnóstico.

Pero sin importar su condición social ni su tipo de discapacidad, todos forman parte de la comunidad Kalimori. Reciben atención de personal especializado, cada uno cuenta con un tutor y un asistente en sus tareas; aprenden oficios, cultivan el invernadero, juntos pasean, realizan actividades recreativas, comparten la comida de todos los días, aprenden a cocinar, a mantener en orden sus espacios, a compartir juntos el ocio y a construir su grupo de referencia.



Kalimori, Isana y Casa Pixan configuran un modelo empresarial que busca inspirar a otros.

Trabajar el desprendimiento

Una de las razones por las que aún la población de Kalimori es pequeña es que “como papás nos cuesta trabajo soltar”, confiesa Annette Arellano. “Estamos programados social y culturalmente para protegerlos toda la vida. Nos han hecho creer que ellos no pueden estar mejor en ningún lado que con nosotros. Y luego está el asunto de la culpa: cómo voy a dejar a mi hijo o hija en un albergue o el síndrome del nido vacío: si no está conmigo, entonces yo qué hago. Pero hoy yo te puedo decir con toda sinceridad que mi hija es mucho más feliz aquí que en su casa”.

En Kalimori, las personas adquieren soberanía, se dan cuenta de que tienen derechos, al trabajo, a la vida independiente, a la educación, a tomar sus propias decisio-

nes, al disfrute y nosotros como sociedad y, en este caso, como institución, estamos obligados a brindar esos apoyos para que la personas con discapacidad intelectual puedan funcionar en sociedad, afirma Angélica Cuevas, psicóloga directora de Kalimori, con más de 20 años de trabajo profesional en atención a la discapacidad.

“Cuando nos damos cuenta de que la discapacidad no está sólo en la persona que vive con ella, sino en el contexto que hace que la persona no pueda funcionar, entonces cambia el esquema y hace que los servicios que proveemos sean la facilitación de un derecho y no una carga o una respuesta asistencial”, refiere Cuevas.

@PacoDeAnda_C



Annette Arellano, junto con otros padres de familia, soñó esta comunidad, que hoy es una realidad.